

Las «venas abiertas» en 2006

Breno Bringel, Enara Echart y Sara López

Introducción

Tras un largo año de sobresaltos en las más variadas arenas, el año 2006 se cierra con interesantes cambios en el mapa que define a las redes sociales globales, objeto de nuestra atención desde estas líneas. Así, desde la percepción de lo que podría parecer una pérdida de impulso de los movimientos sociales en los países del Norte, empieza a despuntar una tendencia que se puede concretar en varias direcciones: para empezar, en un descenso generalizado del protagonismo del hemisferio septentrional del planeta, cediendo paso a las redes sociales del sur (especialmente América Latina) y del este asiático, donde la proliferación de espacios y reivindicaciones ha demostrado la emergencia y actividad de nuevas redes. A ello se suma el auge de ciertos ejes temáticos, especialmente los centrados en soberanía alimentaria —lo que viene a descubrir una mayor presencia de las agendas delimitadas por el activismo agrario (con Vía Campesina a la cabeza)—, y en los procesos de integración regional, frente a las «agendas europeas» más posmaterialistas que impulsó el movimiento antiglobalización. En efecto, en los países de la periferia y semiperiferia del sistema, que sufren las consecuencias más tóxicas de un orden capitalista global excluyente, encontramos también las principales resistencias y alternativas.

Por ello, y a pesar de todas las limitaciones que conlleva un análisis de estas características, trataremos en las siguientes líneas de esquematizar brevemente las principales «venas abiertas» en las diferentes regiones durante el año 2006, apuntando hacia una cartografía de la conflictividad social, las principales movilizaciones, líneas de propuesta y algunos ejes fundamentales para la comprensión de estos fenómenos. Comenzaremos señalando aquellas actividades desarrolladas en los países del Sur —que conforman el núcleo central de las protestas durante este año—, para centrarnos posteriormente en las reivindicaciones de los movimientos sociales del Norte, con especial énfasis en las del Estado español.

Conflictividad social en el Sur

La conflictividad social en América Latina en 2006^[1] se incrementa sustancialmente respecto al año previo, desplazando la atención del Cono Sur a la región andina y a la zona Norte (Centroamérica y México). La esperanza depositada en los gobiernos de Lula, Tabaré Vázquez, Kirchner y Bachelet decae, llevándonos a un escenario actual disímil, donde los movimientos sociales de estos países pasan de un apoyo crítico a un incremento de las acciones contestatarias, dado el reflujo en materia económica y los escasos avances sociales. Se extienden las ocupaciones de los movimientos sin tierra y sin techo en Brasil, la reivindicación de minorías y las protestas estudiantiles en Chile, la ocupación de fábricas y las experiencias de economía solidaria en Argentina, mientras en Uruguay se da una polémica con los vecinos argentinos por la organización popular de los vecinos de Gualeguaychú contra la instalación de plantas de celulosa en la ciudad de Fray Bentos.

En la región andina, el arranque de Evo Morales en Bolivia marcado por el anuncio de nacionalización de los hidrocarburos, la «revolución agraria» y las pugnas en torno a la

Asamblea Constituyente muestran una creciente tensión y polarización entre los movimientos populares y las élites conservadoras. En Venezuela, la reelección de Chávez apunta hacia un proceso de consolidación de la denominada «revolución bolivariana», mientras en Perú las movilizaciones, impulsadas especialmente por productores agrarios y campesinos, no logran frenar la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) por el presidente saliente Alejandro Toledo, ni tampoco la victoria del derechista Alan García en las presidenciales. Por otro lado, se extiende el ciclo de movilizaciones protagonizado por el movimiento indígena en Ecuador, al tiempo que el nuevo presidente, Rafael Correa, anuncia la suspensión de las negociaciones sobre el TLC.

A su vez, los movimientos sociales mesoamericanos se articularon a nivel regional bajo la oposición a los tratados de libre comercio con EE UU. Costa Rica, Honduras, El Salvador y Nicaragua protagonizan las principales protestas.^[2] Ya en México, el año 2006, que empieza con el lanzamiento de la «Otra Campaña» zapatista y la apuesta por recorrer el país denunciando un sistema político corrupto y carente de legitimación social, a la vez que siembra alternativas desde «abajo y a la izquierda», se ve ensombrecido, en plena campaña electoral, por la represión de San Salvador de Atenco y, posteriormente, la de Oaxaca.^[3] Con ello, las masivas denuncias de fraude electoral (que acaban por proclamar «presidente legítimo» a López Obrador), centran en las calles los focos de un país con las fronteras cada vez más militarizadas.

En este contexto de auge de conflictividad social,^[4] el año 2006 marca una continuidad del protagonismo de la integración latinoamericana en la agenda política-social (aunque con un eje central en las protestas contra los TLC promovidos por EE UU, especialmente en Centro-américa, pero también Perú y Colombia con la reelección de Uribe), en ámbitos como el Foro Social Mundial (Caracas, enero), pasando por el V Encuentro Hemisférico contra el ALCA (La Habana, abril) hasta la realización de la Cumbre Social por la Integración de los Pueblos (Cochabamba, diciembre).

Algunos ejes centrales de discusión fueron: la *soberanía alimentaria*, discutida ampliamente durante la Conferencia de la ONU para la Agricultura y la Alimentación (Porto Alegre, marzo); la *criminalización de los migrantes*, con las masivas movilizaciones de inmigrantes latinos en EE UU durante el 1 de mayo; y la *situación de las cárceles y seguridad pública*, debate suscitado tras disturbios perpetrados por el Primer Comando de la Capital (PCC), que dejó en jaque a la ciudad de São Paulo durante cuatro días. Asimismo, otros ejes centrales de debate serán los derechos humanos, la deuda externa, la reforma agraria, el deterioro del medio ambiente, la precarización de los servicios públicos, la defensa de las comunidades originarias y la lucha contra la pobreza.

El cambio en las relaciones económico-comerciales Norte-Sur, fue, por su parte, objeto de debate en la contra-cumbre «Enlazando Alternativas», paralela a la realización de la IV Cumbre de Presidentes de la Unión Europea, América Latina y el Caribe (Viena, mayo). Por otro lado, el incremento de las relaciones Sur-Sur nos lleva a la consolidación de Vía Campesina como plataforma coordinadora de organizaciones y al alzamiento de nuevas estrategias de solidaridad económica y social.

Además, y en paralelo, se observa un interés creciente en el debate sobre la democracia. Si en los setenta y ochenta los movimientos sociales lideraron el proceso de

democratización en la región, poniendo fin al autoritarismo militar, también fueron imprescindibles para la consolidación de las democracias actuales.

Pero las carencias de una democracia liberal, sostenida por la ideología neoliberal, fueron pronto puestas en cuestión por los movimientos sociales en su lucha por otra democracia, social, popular e incluyente. La convergencia entre los alzamientos contestatarios y las formulaciones teóricas emancipatorias (que, desde una nueva mirada postcolonial, buscan la construcción de un paradigma latinoamericano autónomo sobre los movimientos sociales, frente a los esquemas clásicos del norte), incorpora elementos propios de la realidad latinoamericana, que incluyen la hegemonía de los movimientos populares que luchan por necesidades primarias o la aparición de «nuevos» movimientos sociales, marcados por sociedades civiles con relaciones clientelistas y autoritarias, y estados con sistemas judiciales inoperantes.^[5]

Sin embargo, la discusión sobre la democracia trasciende el ámbito latinoamericano y se torna fundamental en el análisis económico, político y social de otros países de África y Asia-Oriente Próximo, donde el fundamentalismo democrático estadounidense es utilizado como herramienta legitimadora de actos tan brutales como la invasión de Iraq o la ejecución, a finales de 2006, de Sadam Hussein. La creciente militarización, las amenazas a Irán, la guerra contra el Líbano y la complicidad en los ataques israelíes hacia los palestinos convierten a Oriente Medio en objetivo geoestratégico de EE UU. En Asia y Oriente Próximo, los movimientos sociales también tratan de dar respuesta a la impronta del libre comercio y de la integración neoliberal. Diez años después del colapso económico de 1997, se suceden las protestas contra el FMI.^[6] La resistencia campesina frente a la liberalización de la agricultura o la privatización también son cada vez más visibles, como demostraron las acciones de los campesinos indios en Karnataka o en el Foro Social Mundial policéntrico en Karachi (Pakistán) en enero de 2006. A pesar de ello, se enfrentan a la dificultad de lograr el grado de solidaridad entre los movimientos y pueblos que podemos apreciar en América Latina, dada la mayor heterogeneidad de culturas, historias e idiomas. En cuanto a África, comienza a aparecer en las agendas de los poderosos, debido, por un lado, al gran impacto mediático de las llegadas de cayucos a las fronteras de la Europa fortaleza, y por otro, al potencial económico del continente, tanto por sus recursos como por las oportunidades de un mercado interno aún no explotado, salvo por la emergente potencia china, nuevo competidor en el mercado global. Tal vez el desplazamiento del Foro Social Mundial a Nairobi en enero de 2007 nos dé la oportunidad de conocer sus reivindicaciones, hasta ahora desconocidas en el resto del mundo.

Movimientos globales en el «mundo occidental»

En el Norte, pese a la lejanía del denominado «ciclo de las contracumbres» (1999-2003 aproximadamente), y aunque no cabe certificar la desaparición del fenómeno antiglobalización, nos encontramos ante mutaciones que todavía no han sido objeto de análisis concretos por parte de la comunidad académica y que trataremos de esbozar aquí.

En primer lugar, nos encontramos ante una transformación clara de la identidad que asume el movimiento en sus primeros años de andadura. La etiqueta de «antiglobalización» no sólo ha dado paso a un intenso debate de reformulación nominal,^[7] sino que se asiste a la propia transformación de la naturaleza del movimiento

en sus diversas fases, hasta acabar mimetizado (por un activo trasvase militante) en las movilizaciones contra la ocupación militar desde el año 2003. En este tránsito, que comprende la simultaneidad de contracumbres y foros con movilizaciones antibelicistas, cierto cansancio acumulado y las ya redundantes estrategias de repliegue nos colocan ante un nuevo fenómeno, síntesis de los dos anteriores, de rasgos difusos: mayor fragmentación, menor visibilidad, menor poder de convocatoria. Pese a todo, si consideramos la continuidad militante entre grandes convocatorias globales y los episodios de coyuntura, algunos de los rasgos más destacados de los movimientos globales pueden ser los siguientes.

En el plano de la solidaridad internacionalista, la multiplicación de las tensiones bélicas y el arranque inicial del movimiento contra la guerra de Iraq se dejan notar en la proliferación de eventos de protesta y en la intensificación de los grupos de apoyo europeos, en torno a nuevos acontecimientos en la arena geopolítica. En primer lugar, la llamada a la acción global en el aniversario de la ocupación militar de Iraq es secundada, aunque con menor intensidad que en años previos, en numerosos países del planeta. El Foro Social Mundial de Caracas brindará una oportunidad para la reactivación de las redes de solidaridad bolivarianas, tanto en la organización del fórum como en las estrategias de proyección internacional (como la construcción de Telesur o los procesos de activación del ALCA). Al mismo tiempo, el deterioro de la salud de Castro, sumado a los fastos del 48^a aniversario de la revolución cubana, nos permitió ver nuevas muestras del trabajo de los grupos de solidaridad con Cuba. En la misma línea, pero intensificados por la guerra desatada en Oriente Medio entre Israel y las milicias de Hezbolá, la solidaridad con Palestina y Líbano será la más destacada. Por último, a estos actos se añadirán más tarde, en todo el mundo, y también en diversos puntos del Estado español, las manifestaciones de apoyo a Oaxaca.

Al mismo tiempo, se mantienen, aunque alejadas del primer plano mediático en que las colocó el ciclo antiglobalización, las contracumbres de protesta contra las reuniones de organismos internacionales. Cabe destacar el tenso desarrollo de las acciones contra el encuentro del G8 en Rusia en julio, que se saldó con decenas de activistas detenid@s; las protestas contra la Cumbre de Seguridad de la OTAN en Munich en febrero, la coordinación contra la reunión del FMI y el BM en Washington DC en abril o contra la Cumbre Asia-Europa en Helsinki en septiembre, para finalizar con la dura represión de las acciones contra la Cumbre del G20 en Melbourne de noviembre. En el plano de la reorganización interna, asistimos, además, a los encuentros preparatorios de nuevas cumbres (como el europeo de AGP o las reuniones previas a la cumbre del G8 2007 en Alemania).

En tercer lugar, y en su vertiente propositiva más clara, los encuentros sociales y foros siguen, con altibajos, su andadura. Especial relevancia tuvo, en

mayo, el ya mencionado encuentro de Viena. Sin embargo, el Cuarto Foro Social Europeo de Grecia empezó a apuntar el agotamiento del modelo en Europa, despertando serias dudas acerca de su continuidad; pese a la presencia inusual de activistas [turc@s](#) y del este europeo, las críticas a su progresiva institucionalización y el descenso comparativo del número de participantes (con una mayor presencia de ONG frente a movimientos sociales) auguran nuevas dificultades de cara a la próxima edición en 2008.

Por último, cabe destacar el peso de dos ejes temáticos en las movilizaciones centrales del año: las reivindicaciones de los migrantes y las movilizaciones contra la precariedad. En el primero de los casos, siguiendo el ejemplo de las huelgas de las comunidades latinas en Estados Unidos, tiene lugar en junio la Segunda Caravana Europea por la Libertad de Movimientos, que se salda con acciones espectaculares en numerosas ciudades europeas. A ello se añade la llamada a la acción global que emite la Asamblea de Movimientos Sociales del Foro Social Europeo de mayo.^[8] En el segundo eje, las movilizaciones contra la entrada en vigor de la directiva Bolkestein, para la liberalización de los servicios en el mercado interior europeo, se suceden en numerosos países, y destacan especialmente las manifestaciones masivas en Francia contra el Proyecto de Ley de Primer Empleo (CPE), que tienen en vilo al país durante todo el mes de marzo.

En conjunto, junto con factores como el cansancio, la dispersión (consecuencia del repliegue) y la menor visibilidad, el trasvase de energías militantes hacia otras regiones del planeta parecen marcar, sin agotar, las actividades de las redes críticas occidentales. En líneas muy similares analizamos a continuación la actividad de los movimientos sociales en el Estado español.

Agendas y movilizaciones en el Estado español

En lo que respecta al Estado español, la situación de las redes sociales y sus actividades parece estar, en gran medida y como viene siendo habitual, sujeta estrechamente a la evolución del contexto en el que se encuadran las luchas; especial atención merece el marco gubernamental como ámbito de delimitación de las estructuras de oportunidad por las que se guían los movimientos sociales.

En 2006 se da, siguiendo con la tendencia apuntada en el año anterior, una cierta profundización en la dinámica de desmovilización que marca el fin del ciclo antiguerra. Entre los factores contextuales que lo explicarían nos encontramos con, por parte del gobierno, una popular campaña de políticas sociales en los dos últimos años (ley de matrimonio homosexual, ley de violencia de género, ley de dependencia, y de memoria histórica) que gozan de gran aceptación y que pretenden recoger gran parte de los ejes de trabajo de los movimientos. Lo que ya hemos llamado «política de gestos» se saldará, pese a cierta satisfacción generalizada,^[9] en descontentos en cuanto a la intensidad y el alcance de las reformas emprendidas (ley de memoria histórica considerada insuficiente por las organizaciones que trabajan en ese área, ley de reforma laboral duramente contestada por los sindicatos anarquistas; la negativa del gobierno a consultar con las ONG la ley de venta de armas, pese a sus reiteradas peticiones de ser parte en su elaboración, etc.). Sin embargo, ninguno de estos malestares se acaba de concretar en una reactivación sostenida de las redes que tradicionalmente han trabajado en esos temas.

Por otra parte, se mantienen las discriminaciones selectivas en la *política represiva*, con un marcado «dejar hacer» (más claro en las intervenciones de los movimientos sociales de Madrid), y con los intentos de disolución por la fuerza de los nuevos movimientos de protesta, especialmente las Plataformas por una Vivienda Digna^[10] (que acumulan numerosas detenciones) que, en ciudades como Barcelona, se enfrentan a procesos de criminalización, que se hace extensiva a su supuesta vinculación con el movimiento de okupación en la ciudad.^[11] Sin embargo, y a diferencia de las reacciones que la dureza

represiva de la «era Aznar» suscitó en los movimientos sociales (estimulación reactiva de los episodios de protesta), cierta condescendencia con el gobierno se mantiene en la lógica de interacción con esta dimensión de la política institucional.

A ello se suman las reacciones contradictorias con respecto a la apertura del *proceso de paz*, que combinan la expectativa esperanzada de los inicios (crudamente truncada con el atentado de la T4 a finales de año) con las movilizaciones activadas en torno a las reivindicaciones de la izquierda abertzale (manifestaciones por el derecho a la autodeterminación en Euskadi) y especialmente en política penitenciaria (concentraciones en varias ciudades del Estado exigiendo respuestas gubernamentales a la huelga de hambre del preso Iñaki de Juana Chaos) y represiva (conformación estatal de las plataformas de solidaridad con los procesados en el sumario 18/98 y más).

Pese a todo, como decíamos, y aunque se empieza a agotar el marco de la confianza en la capacidad del gobierno para subsanar los errores de las legislaturas del Partido Popular, no parecen encontrarse los elementos para reactivar la protesta cuando esas expectativas fallan. Parte de la explicación podría residir en la continuidad, respecto del año anterior, de la intensa *movilización de la derecha en las calles*, que recupera y adapta el marco «anti-gobierno» que inspiró los cuatro años de la anterior legislatura. El gobierno, por su parte, parece más preocupado por la agresividad de la oposición en el Parlamento y en sus medios de comunicación afines (especialmente la cadena COPE) y su poder de convocatoria, que en las tensiones que pudieran, eventualmente, generar las redes sociales de izquierdas. Ello vendría a explicar, a su vez, la desaparición de su inicial interés por cooptar y facilitar las interlocuciones de los movimientos con las instancias gubernamentales (previamente existentes en política represiva), y el interés (aunque leve) de los medios de PRISA por las actividades puntuales de algunas de estas redes, en clave folclórica y colorista en lugar de reivindicativa.

Para terminar con este apartado, las dificultades para encontrar un marco unificado de movilización (similar al del lustro anterior) e identificar sin pudores a los responsables e interlocutores, tienen como resultado la reactivación de los *frentes locales de protesta*, como los que ilustran las protestas antiparquímetros en los barrios periféricos de Madrid (que aún se mantienen) o las movilizaciones contra la ordenanza cívica en Barcelona. En la misma línea, campañas y plataformas vecinales en ámbitos como el rechazo a la especulación o por la defensa del territorio se mantienen activas en el Levante y Andalucía, con una clara implicación de movimientos vecinales. Con respecto a la influencia de las *características de las redes sociales*, asistimos posiblemente a los inicios de un recambio generacional en muchos de estos espacios,^[12] en el que la dificultad para la transmisión de memoria intergeneracional genera una práctica reinención desde cero de las metodologías, agendas y modos de acción de los nuevos movimientos emergentes. Junto con esto, los intentos en algunas regiones de combatir la fragmentación mediante la constitución de coordina-doras,^[13] coexiste con el mantenimiento de estructuras pequeñas y precarias con dificultades para hallar consensos en la intervención conjunta. Numerosas tensiones se derivan, además, de los intentos de escapar a la cooptación o «desembarcos» desde la izquierda partidista extraparlamentaria. Y, por último, nos encontramos con debilidades estructurales de las redes sociales, que afectan a su dificultad para acceder a y acumular recursos (económicos, de espacio y, especialmente, de aliados externos), la dependencia de la actitud de las Delegaciones del Gobierno en materia represiva, y las limitaciones para fijar una agenda de intervención (lo que supone una dependencia escandalosa de los

cambios de coyuntura y de la imposición externa de la agenda). No obstante, y en relación al último punto, cabe destacar el impacto del trabajo acumulado de algunas redes en la incorporación de temas en la agenda institucional, como se ve en el caso de la memoria histórica y su año oficial.

Finalmente, y junto a los ya tratados ejes de solidaridad internacionalista, okupación y vivienda, antirrepresión, precariedad y migraciones, y a las dinámicas de coordinación y encuentro entre colectivos y movimientos sociales, se mantiene la actividad en otros ámbitos. Con respecto a los propios de los Nuevos Movimientos Sociales, destacamos los siguientes.

En temas de *ecologismo*, apuntan las manifestaciones contra los macro proyectos urbanísticos que se están diseñando en todo el Estado con graves consecuencias medioambientales (la construcción de una autopista en Eivissa, el Tren de Alta Velocidad en Euskal Herria, y la tala de la arboleda del Paseo del Prado y la ampliación de la M-30 en Madrid). En *antimilitarismo*, se mantiene la marcha a Rota en Andalucía, así como acciones en el Día de las Fuerzas Armadas y contra la cumbre de la OTAN prevista para febrero en Sevilla. También continúa la campaña por la objeción fiscal al gasto militar. Y en *feminismo*, además de las movilizaciones del 8 de marzo, se convocó el 25 de noviembre el día contra la violencia de género. Por otro lado, el *movimiento republicano* realizó diversas manifestaciones y actos del abril republicano, considerablemente más concurridas en esta primera mitad de año que en convocatorias posteriores del 20N y 6 de diciembre; en Madrid, también hubo protestas contra las visitas de los príncipes a los municipios del sur y el este. Finalmente, el *movimiento estudiantil* se reactivó este año con las manifestaciones contra el Plan Bolonia, siendo las más importantes las del 11 de mayo en Barcelona, y el 17 de noviembre en Madrid.

En definitiva, podemos hablar de continuidad entre los dos últimos años con respecto a la pérdida de espectacularidad, el mantenimiento de actuaciones de baja intensidad que reflejan el trabajo de los núcleos duros de activistas, al tiempo que se desmovilizan las redes más amplias. Se ha consolidado así el repliegue a lo local y al trabajo de base, donde permanecen las reivindicaciones en los diversos ejes en los que han movido los movimientos sociales en los últimos años.

Breves conclusiones...

El escenario de la conflictividad social y la actuación de los movimientos sociales durante el año 2006 apunta a «venas abiertas» en todo el globo, aunque con un desplazamiento de los focos de atención desde el centro hacia la periferia y la semiperiferia del sistema. Junto a una vigorosa movilización y estructuración de redes en la región andina y en el Norte de América Latina, asistimos a un incremento de las resistencias en Asia, África y Oriente Próximo, solapado por las consecutivas injerencias estadounidenses en la región. Las constantes amenazas a Irán y el trágico fin de 2006 en Iraq auguran tiempos de profundización del conflicto. Esta alta intensidad de los movimientos sociales del Sur contrasta, por otro lado, con la dispersión, pérdida de fuerza y visibilidad de los movimientos occidentales, donde el cansancio, las dificultades para definir agendas y la sujeción a la coyuntura, así como los impactos del repliegue de los últimos años se dejan notar en una progresiva pérdida de relevancia de las redes sociales, como ilustra, desde sus peculiaridades, el Estado español.

[1] Para un análisis sistemático de las protestas y principales eventos políticos, sociales y económicos acontecidos en 2006 en América Latina ver las revistas *OSAL* n.19 y n. 20, publicadas por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

[2] Que, aunque no lograron parar la firma de los acuerdos, dotaron de cierta unidad a la agenda y las fuerzas sociales de la región, que denuncian constantemente las pretensiones geoestratégicas y militares del imperialismo estadounidense.

[3] Donde una movilización de maestros por reivindicaciones gremiales acaba cristalizando en una reivindicación social más amplia, con una participación popular masiva en torno de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO).

[4] Y tras las constantes movilizaciones populares sucedidas contra el ALCA, que tuvo como colofón la III Cumbre de los Pueblos en noviembre de 2005 en Mar del Plata.

[5] La plasmación de esta nueva línea de estudios viene dada sobre todo en las investigaciones recientes sobre cultura y política, redes sociales, sociedad civil y teoría de la democracia. Para profundizar en la discusión acerca de la teoría de los movimientos sociales y la creación de un paradigma latinoamericano propio, véase Gohn, M. (2006). *Teorias dos movimentos sociais. Paradigmas clássicos e contemporâneos*, Ediciones Loyola, São Paulo.

[6] Responsable de los Programas de Ajuste Estructural, que abrieron de forma abrupta gran parte de los países asiáticos al capital transnacional, lo que llevó a la privatización del sector público, la reestructuración del sector agrícola y la flexibilización laboral.

[7] Recogida en algunos textos, entre los que destacamos Taibo, C (2005), *Movimientos de resistencia frente a la globalización capitalista*, Ediciones B, Barcelona, o Echart, E, López, S y Orozco, K (2005), *Origen, protestas y propuestas del movimiento antiglobalización*, IUDC-La Catarata, Madrid.

[8] <http://noborder.org/item.php?id=372>

[9] Que se materializa en la cooptación de movimientos como el de la defensa de los derechos de gays, lesbianas y transexuales, y en fallidos intentos en otros terrenos.

[10] La reivindicación de una vivienda digna llevó a la convocatoria de actos y manifestaciones en todo el Estado, por ejemplo en Barcelona (también con actos durante la Cumbre de Ministros Europeos de Vivienda, y el Meeting point contra la Feria Inmobiliaria), en Málaga (con la manifestación «Málaga no se vende»); y en Madrid (con varias movilizaciones y una Semana de lucha por la Vivienda).

[11] En relación a este eje, el de la okupación, cabe destacar, por un lado, la buena salud del movimiento en Barcelona, pese a los continuos desalojos —especialmente sonados el de Can Vies y Can Ricart, sucesivamente— con importantes movilizaciones de apoyo a los presos del 4F (detenidos en el desalojo de una okupa de Sants) —<http://www.barcelona.revolt.org/>—, y una Jornada Internacional de Acción; y a los «tres de Gracia», absueltos después de cuatro años tras una intensa campaña (<http://www.tresdegracia.net/>). Y, por otro, la reactivación en Euskadi, con manifestaciones como la de Iruña, bajo el lema «La okupación no es delito», y las marchas de gaztetxes.

[12] Habida cuenta de que las y los activistas que participan activamente en el primer ciclo anti-globalización empiezan a rozar la treintena en muchos casos.

[13] En Madrid, con tres grandes intentos: la Coordinadora Antifascista, el «trifásico» que agrupa a los recientes centros sociales de la capital y la consolidación de Rompamos el Silencio; igualmente,

el ya clásico Tinto de Verano en Ruesta sigue apostando por los espacios de encuentro entre movimientos sociales.